

En casa de Juan García Ponce, sobre uno de los libreros, hay una legendaria fotografía en la que aparecen tres hombres jóvenes de pie, con saco y corbata, como vestían entonces hasta los más radicales existencialistas. A la derecha de la foto está el propio García Ponce: muy delgado, con un cigarrillo en una mano en una pose un tanto afectada, el cabello lacio y abundante —que recuerda a los galanes del cine francés de la época— sobre la frente y la famosa “mirada” dirigida hacia ningún lado: García Ponce ya gozaba del prestigio de “joven perverso” que escribía cuentos y novelas sobre el incesto y el adulterio. Por añadidura se había convertido, a través de sus críticas de arte, en el promotor de un grupo de pintores no figurativos. Esas mismas críticas le valieron para que el caricaturista Rius inventara un personaje en sus “Supermachos” con el nombre de Floripondio N. Ponce mediante el cual se movía de la actitud de Juan ante la pintura.

En el centro de la fotografía, junto a García Ponce, aparece Vicente Rojo con una expresión de aplomo y seguridad enfrentando la cámara los ojos fijos en la lente, sin barba, más robusto y menos melancólico de lo que luce ahora. Junto a Rojo se encuentra Juan Vicente Melo, único sonriente en la fotografía acaso festejando alguna broma del fotógrafo o tal vez del propio García Ponce. La fotografía fue tomada en la galería de Casa del Lago, de la que Juan Vicente era entonces director, a principios de los años sesenta. Juan Vicente y Juan Vicente. Literatura, pintura música. Casa del lago. ¿Existe un lugar y una manera más visual, sonora y convincente para

evocar la cohesión, la identificación y la unidad de tres distintivos representantes de ese grupo indisolublemente unido al que después se le bautizaría como “la maffa”?

Escritores, pintores, dramaturgos, cineastas, actores y músicos se habían congregado en torno a un proyecto artístico que tenía su origen en las ideas del grupo de Contemporáneos. El proyecto fue avalado por Octavio Paz quien lo puso en manos de este grupo de jóvenes precoces y talentosos que crearon la *Revista Mexicana de Literatura*. Los dos primeros directores de la Revista fueron Fuentes y Carballo; sin embargo, el grupo más representativo y duradero lo formarían García Ponce, Tomás Segovia, Inés Arredondo, Salvador Elizondo, Jorge Ibargüengoitia, Huberto Bádiz, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Juan José Gurrola, Juan Guerrero, Marta Verduzco, Inés Arredondo, Sergio Pitol, José de la Colina, Alicia Urreta, Mario Lavista, Vicente Rojo, Lilia Carrillo, Manuel Felguérez y por supuesto Juan Vicente Melo.

Dentro de esa compleja e interesante generación, que tanta vida le dio a la cultura mexicana, Juan Vicente Melo ocupa un lugar especial. Fue director de la Casa del Lago durante su época de mayor esplendor y le imprimió una proyección a la cultura de la ciudad y del país sin precedentes. Dentro de la *Revista Mexicana de Literatura* Juan Vicente desempeñaba, entre otras tareas, el papel de crítico musical. Su oído era tan fino que, según cuenta en su autobiografía, de niño adivinaba el número y la línea de los tranvías por el ruido que hacían al dar la vuelta de su casa:

"Ahora es el Bravo por Laguna número 8". Era y es el apasionado admirador de *Cumbres borrascosas* de Emily Bronte y de la belleza insuperable de Rita Hayworth a quien vio una vez en el hotel Diligencias en Veracruz. "Yo me quedo con Rita", es una de sus frases célebres que saca a colación cada vez que le presentan algo que no es de su entero gusto (sobre todo en materia literaria). Con Rita Hayworth, por supuesto. Pero sobre todo es el creador de delicados cuentos y de una única y extraordinaria novela, *La obediencia nocturna* que desde hace años Juan García Ponce reconoce, junto con *El tañido de una flauta* de Sergio Pitlor, como dos de las mejores novelas de su generación. No del todo equivocado Enmanuel Carballo definió el lugar de Melo dentro de los narradores de esa generación como el de carácter más lírico: "ordena sus textos como poemas: elimina de las anécdotas todo aquello que es accesorio y se concreta a dibujar vagamente la atmósfera y a exponer, en orden creciente de intensidad, los sentimientos capitales que explican las vidas de sus protagonistas". Tal vez por este mismo carácter la obra de Juan Vicente no había recibido, sino hasta hoy, la atención que merecía.

Ya en su retiro en el estado de Veracruz Juan Vicente Melo encuentra en el escritor Luis Arturo Ramos, además de un amigo, un paisano y un colega, a su lector ideal. Se dice fácil pero se trata de dos escritores que se llevan quince años, el tiempo que Ortega y Gasset establecía para el surgimiento de una nueva generación. Juan Vicente Melo nace en 1932. Luis Arturo Ramos en 1947. Uno y otro aman las ciudades de Jalapa y Veracruz pero sobre todo aman la literatura. Contrario a Juan Vicente, Luis Arturo Ramos busca su camino de escritor fuera de todo grupo, de manera aislada y solitaria

y ejerce la mayor parte de su carrera literaria dentro de su estado natal. Entre sus muchas búsquedas Ramos se da a la tarea de leer con sumo cuidado y entrega la obra completa de Juan Vicente Melo. El resultado: el libro *Melomanías* que, como su nombre lo indica, habla de Melo el melómano, de las manías de Melo y de la admiración de Ramos por la obra de Melo, lo cual lo convierte en un Melomaníaco.

Melomanías efectivamente cumple con varios cometidos. Por una parte le brinda la oportunidad a Ramos de hacerle justicia a la obra de Melo mediante un estudio exhaustivo de su obra narrativa que abarca desde el libro de cuentos *La noche alucinada* de 1956, hasta el análisis de *La obediencia nocturna* de 1969. Por otra parte en el libro se hace un balance de las principales críticas en torno a la obra de Melo que se han publicado a la fecha a nivel nacional -Ruffinelli, Segovia, García Ponce, lo mismo que José Homero, Alberto Paredes o Juan José Reyes- para evaluarlas, ponderarlas y, en caso dado, rebatirlas.

Creo -escribe Ramos- ...que a la generación de Melo la leen mis contemporáneos (segunda mitad de los cuarenta) y la estudian los más jóvenes. Como prueba está *Melomanías* de Luis Arturo. En este sentido resulta doblemente interesante que sea un escritor quien se avoque a escribir sobre otro escritor. No le resto méritos a la academia pero la manera de Ramos para aproximarse a Melo -sin soslayar rigor ni objetividad- consiste en abordar los problemas con agudeza e imaginación: apunta detalles técnicos de escritura, interpreta libre pero atinadamente, busca integrar la visión del mundo narrativo de Melo. Se trata de un ensayo laudatorio, discreto, modesto, justo y, sobre todo, amoroso:

La pretensión de traducir a palabras (y sentidos) una obra cuya estrategia se orienta en buena parte a reproducir (o hacer sentir) lo inefable, a comunicar la pura sensación pura, se acercaría con menor fortuna al intento de fotografiar lo invisible... De igual manera los recursos de Melo están dirigidos a reproducir un estado de ánimo del lenguaje, única realidad física disponible, mediante un aliento poético apoyado en el ritmo y resonancia de las palabras.

"La ritualización del universo" es el subtítulo que le da Ramos a su *Melomantías* porque en su opinión hay un proceso ritual en la obra de Melo que va "del jardín edénico de la niñez", al tema

de la pérdida del amor y a la invención de una realidad que muchas veces busca su salida en el desastre o en la muerte. Como "acto litúrgico" define también Luis Arturo a esa invocación de las fuerzas cósmicas o atávicas que él intenta descubrir y que siente que le dan sentido a la literatura de Melo. *Melomantías** cumple cabalmente con su misión; ubicar y evaluar la obra de Melo a la luz de la literatura mexicana contemporánea. Se trata del homenaje de un escritor a otro, de una a otra generación.

Hernán Lara Zavala

* Luis Arturo Ramos, *Melomantías*, Textos de Difusión Cultural, UNAM., México, 1990

